§. III.

Incendio del templo.—Jerusalen cae en poder de los romanos.—Degüello y cautividad de sus habitantes, y su completa ruina.

"Prontamente se dió aviso á Tito de esta novedad, quien estaba tomando un poco de descanso en su tienda, de regreso del combate. Salió al momento para hacer apagar el fuego; siguiéronle todos los gefes, y las legiones detras de ellos, can tal confusion, tumulto y gritería, solo comparable á una division sorprendido por el enemigo, que marcha sin órden, y sin obedecer á sus gefes. Tito á voz en grito, y haciendo señas con la mano, mandaba á los suyos apagasen el fuego; pero un ruido mayor impedia que se le oyese, bien que el ardor y cólera de que estaban animados los soldados en esta guerra, les hacia pasar desapercibidas las señas que se les hacian. Así que estas legiones que entraban en tropel, no podian ser contenidas en su impetuosidad ni por sus órdenes, ni por las amenazas, porque solo el furor las guiaba: era tal el desórden, que muchos eran derribados y pisoteados: y otros cayendo en las ruinas de los pórticos y galerías que todavía ardian, eran mas desgraciados que los vencidos, aunque fuesen vencedores. Cuando toda la tropa hubo llegado al templo, fingió ignorar las órdenes de su general: los soldados que estaban detras estimulaban á los que tenian delante á pegar fuego, y desde entonces los facciosos perdieron todas las esperanzas de

"A cualquier parte que se volviera la vista no se veia mas que fuga y carnicería. Se mató un grandísimo número de pobres inermes é incapaces de defenderse. El rededor del altar estaba hacinado de cadáveres, que eran arrojados allí despues de haberles degollado sobre este santo lugar, destinado al sacrificio de otras víctimas, y corrian por sus escalones llenos de sangre.

"Cuando el fuego iba devorando este soberbio templo, los soldados, enardecidos con el pillage, mataban á cuantos cogian, sin perdonar sexo ni edad, ancianos y niños, sacerdotes y seglares, todos eran inmolados sin excepcion alguna: todos estaban comprendidos en la carnicería general, y los que imploraban clemencia no eran tratados con mas humanidad que los que tenian valor para defenderse hasta el último extremo. Los gemidos de los moribundos se mezclaban al ruido del fuego, que siempre iba ganando terreno, y el incendio de un edificio tan grande unido á la eminencia de su situacion, persuadia á cuantos le veian de lejos que toda la ciudad era presa de las llamas.

"Nada mas horroroso ni imponente que el estruendo que resonaba en todas partes. Las legiones romanas, embriagadas de furor, en medio de una gritería espantosa, degollaban cuanto les venia á la mano. Los facciosos, al verse cercados por todas partes por el hierro y el fuego, llenaban el aire con sus gritos implorando el perdon: el pobre pueblo que se hallaba dentro del templo estaba tan consternado, que al procurar su salvacion con la fuga, se echaba en medio de sus enemigos. ¡Qué confusa gritería no levantarian hasta el cielo los que desde la montaña opuesta al templo presenciaban un espectáculo tan espantoso! Aque-

llos mismos á quienes el hambre estaba próxima á cerrarles para siempre los ojos, al ver el incendio del templo, reunian todas las pocas fuerzas que les quedaban para llorar tan fatal desgracia; el eco de las montañas inmediatas y del país que está á la otra parte del Jordan aumentaba con tan horrible estruendo el retumbo. Por mas espantoso que esto fuera, eran todavía mayores los males que lo causaban. Era tan grande, tan voraz, y tan violento el fuego que consumia el templo, que parecia estaba igualmente ardiendo desde sus fundamentos la montaña sobre la cual estaba edificado. La sangre corria con tal profusion, que parecia disputarse con el fuego cuál de ambos se extenderia mas. La multitud de muertos era superior en número á los que les sacrificaban á su cólera y venganza: todo el pavimento estaba lleno de cadáveres; y los soldados andaban sobre ellos, para perseguir, por este horrendo camino, á los que se escapaban. Por fin, los facciosos, haciendo el último esfuerzo, rechazaron los romanos, se apoderaron del templo exterior, y de allí se retiraron dentro de la ciudad.

"Precipitándose entonces los soldados romanos sobre aquellos, mataban sin distincion á cuantos encontraban, poniendo fuego de paso à las casas. Los que penetraban en ellas estimulados por el saqueo, las hallaban atestadas de cadáveres de familias enteras, muertas al rigor del hambre; y el horror á vista de semejante, espectáculo les obligaba á salir sin llevar á cabo sus intentos. Los que se sentian conmovidos á la vista de tantos cadáveres, eran muy inhumanos con respecto á los vivos, por cuanto mataban cuantos encontraban. El número de cadáveres amontonados unos sobre otros era tan numeroso, que tapaban las avenidas de las calles, y la sangre que corria por la ciudad, en muchas partes apagaba el fuego: el degüello cesó á la tarde, pero el incendio aumentó durante la noche.

"Fatigados por fin los romanos de matar, y sobreviviendo todavía una multitud de pueblo, Tito ordenó que se le diese cuartel, á excepcion de aquellos que opusieran resistencia; pero los soldados á su pesar, mataron á los ancianos y á los mas débiles, guardando únicamente á los que tenian vigor y se hallaban en capacidad de servir, á los cuales encerraron en el templo destinado para las mugeres. Tito comisionó al efecto á uno de sus libertos, llamado Froton, en quien tenia una gran confianza, con facultad de disponer de cada uno de ellos, segun lo creyere por mas conveniente. Froton hizo matar los ladrones y sediciosos que mútuamente se acusaban, reservando para el triunfo los mas jóvenes, mas robustos y mas bien formados: envió encadenados á Egipto á los que tenian sobre diez y siete años, para hacerles trabajar en las obras públicas, y Tito distribuyó un gran número entre las provincias para trabajar en los espectáculos de los gladiadores, y luchar con las fieras: los que tenian menos de diez y siete años fueron vendidos.

"Mientras se verificaba este arreglo, murieron once mil; unos porque los que les custodiaban, por ódio no les daban de comer, otros porque no querian tomar alimento, porque aborrecian sus vidas, y tambien porque con dificultad se encontraba trigo para alimentar tantas personas.

"El número de los prisioneros durante la guerra asciende á 97,000; el sitio de Jerusalen costó la vida á 1.100,000, cuya mayor parte, aunque pertenecientes á la nacion judáica, no habian nacido en la Judea, sino que habian venido de todas las provincias para solemnizar la fiesta de la Pascua, y se hallaron envueltos en los horrores de la guerra. Faltando lugar para alojarles á todos, la peste se metió entre la multitud, y á esta calamidad siguió luego la de el hambre. Si se tiene dificultad en creer que siendo tan grande esta ciudad, fuese de tal modo numeroso el concurso, que faltase lugar para alojar esta multitud de judíos forasteros, podrá citarse en confirmacion el empadronamiento hecho por Cestio. Este

gobernador, para manifestar á Neron que tanto despreciaba á los judios, cuánta era la fuerza de Jerusalen, pidió á los sacrificadores que discurriesen un medio de enumerar el pueblo: para esto escogieron el tiempo de la Pascua, en el cual, de nueve á once, no cesaban de inmolar víctimas; en seguida las familias comian la carne, y siendo así que no podian ser menos de diez personas, eran á las veces veinte: de este exámen resultó haber 255,600 cabezas inmoladas, que repartidas solamente á diez personas cada una, daban el total de dos millones quinientos cincuenta y seis mil individuos, todos purificados y santificados, porque no eran admitidos á ofrecer sacrificios ni á los leprosos...ni los extrangeros, que no siendo de raza judáica, sin embargo venian por devocion á esta solemnidad.

"Así, pues, esta prodigiosa multitud que de puntos tan diversos habia acudido á Jerusalen antes del sitio, se encontró al principio de éste encerrada en ella como en una cárcel.

"Parece resultar de todo lo que he dicho, que ningun acontecimiento humano, ni castigo de Dios, ha causado jamas la ruina de una multitud tan grande, como la que pereció por la peste, el hambre, el hierro y el fuego, en este terrible sitio, cuando solo quedaron con vida los que debian cargar con la cadena de esclavos.

"Los soldados romanos escudriñaron hasta los albañales y sepulcros, donde mataron á cuantos estaban vivos, descubriendo mas de dos mil que se habian recíprocamente muerto, ó suicidado, ó que habian sido devorados por el hambre. El hedor que despedian aquellos lugares hediondos era fétido én tanto grado, que muchos por no poderlo soportar se salian al momento; otros hubo que noticiosos de haber allí escondidas muchas riquezas, no temian andar sobre los cadáveres para buscar con que satisfacer su insaciable avaricia. Se sacaron de allí varias personas que Simon y Juan habian mandado echar despues de encadenadas; su crueldad iba siempre en progreso, hasta el estremo á que se veian reducidos; pero Dios les castigó como habian merecido. Juan, que con sus hermanos se habia ocultado en estos albañales, se halló acosado de una hambre tal, que no pudiendo sufrir mas, imploró la misericordia de los romanos que tantas veces habia insolentemente escarnecido; y Simon, despues de haber combatido cuanto pudo contra su mala fortuna, se les rindió. Este fué reservado para el triunfo, y Juan condenado á cárcel perpetua."

Lo repito, y jamas sabré encarecerlo bastante; un judío, un judío pronunciado por su nacion; un judío, que por su rango, sus talentos militares, su reputacion, su elocuencia, por la benovolencia y consideracion que le tuvieron Tito y los generales romanos, era el mas capaz de alejar tan grandes males, ó de
contener su curso: hé aquí el judío que ha escrito lo que se acaba de leer. Jerusalen deicida sufre un castigo mas terrible y prolongado, del que haya padecido ciudad alguna del universo. En vano la impiedad, en su rabia contra el
Crucificado, irá á revolver las páginas mas sangrientas de la historia, pues nada
hallará que pueda formar paralelo con el terrible cuadro que se ha desarrollado á
nuestra vista. Una sola cosa me admira, y es que esta espantosa justicia, cuyos
golpes ha hecho sentir la mano de Dios sobre la criminal Jerusalen, no espante
en nuestros dias ni á los pueblos, ni á las ciudades, que á su ejemplo se han atrevido y atreven aun á gritar hasta en las plazas públicas: "No queremos que este
"Dios reine sobre nosotros, ni él ni los que pretenden reinar por su gracia: no
"tenemos otro rey que al que nos hemos hecho, otro rey que el César."

En efecto, estos judíos ingratos tuvieron este César, que por mas generoso y clemente que les parecia, no dejó de tolerar impunemente á sus soldados que abrieran en canal el vientre de los sitiados para buscar el oro. Tambien ordenó la destruccion de la ciudad hasta sus cimientos, la demolicion del templo y el

cautiverio de noventa y siete mil hombres, despues de haber consentido el degüello de los mas débiles y de los viejos.

Así fueron robados, saqueados y acuchillados aquellos que á la presencia de Pilatos habian antepuesto un ladron y asesino, á Jesus; y el robo, el saqueo y la matanza, no cesaron hasta tanto que el ejército romano, que jamas se hubiera cansado de matar y saquear, no encontró en que emplear su furor. Es el mismo judío Josefo quien lo dice.

Aun mas, fueron tambien azotados por los romamos y espuestos á toda especie de vilipendios y tormentos, aquellos que habian obtenido de los mismos romanos que les fuera entregado Jesus despues de azotado y sufrido los tormentos y ultrajes mas ignominiosos. Verberati, et ante mortem omnibus modis excruciati. Así lo refiere el mencionado Josefo.

Por fin, así fueron á su vez crucificados los que habian gritado: Crucificale, crucificale; y lo fueron hasta quinientos por dia, y en un número tan exorbitante, que apenas se bastaba hacer cruces y encontrar sitio para fijarlas. Propter multitudinem, jam spatium crucibus deerat, et corporibus cruces. Son estas terminantes palabras del judio, de Josefo.

Si los hijos de aquellos de cuya boca habia salido la horrible blassemia, no hubieran perecido, pudieran por si mismos ver á sus criminales padres suspendidos en el infame patíbulo, toda vez que habian pedido que la sangre de la Víctima, que inmolaron á su rabia, cayese sobre ellos y sus hijos; pues que apenas se habian pasado treinta y ocho años de tan horroroso atentado.

En un momento creí deber abstenerme de trascribir estos largos detalles, remitiendo á mis lectores al mismo historiador de donde se han extraido; pero consideré despues, que colocados por su órden en medio de los acontecimientos que les precedieron y subsiguieron, leidos seguidamente deberian producir una impresion muy diferente en el alma del que medita, en los hechos, y en el conjunto, sobre las miras y conducta de la Providencia. . . . Continuemos, pues.

6. IV.

Recdificacion de Jerusalen bajo el nombre de Elia Capitolina.—Nuevas calamidades de los judíos.—Los persas se apoderan de ella, y su estado hasta el siglo XI.

Despues de la ruina de Jerusalen, los judíos que escaparon á las diferentes plagas con que fué castigada la ciudad, quedaron sometidos á la dominacion romana hasta el advenimiento de Adriano al imperio. Habiendo determinado este principe levantar de nuevo los muros de Jerusalen, y autorizar en ella los diferentes cultos de las naciones, los judíos se manifestaron de contado los mas solícitos en contribuir al éxito de esta empresa; pero seducidos muy pronto por el falso mesías llamado Barcochebas, se sublevaron, cometieron crueldades nunca oidas, atrayendo sobre sí la venganza mas terrible de cuantas se mencionan en la historia, despues de la tomada por Tito. Estaban bastante adelantados los trabajos de la nueva ciudad: el Calvario se habia incluido en su recinto, el templo se reedificaba; pero fué arrasado de nuevo, y con él cincuenta fortalezas. Novecientas cuarenta y cinco entre vil·las y lugares fueron entregadas á las llamas; cerca de seiscientas mil personas perecieron; un considerable número fueron con-

denadas á la esclavitud y públicamente vendidas. Jerusalen pierde su nombre, y tomando el de este príncipe, se llama Elia Capitolina. El vencedor hace colocar la estatua de Vénus sobre el monte Calvario; sobre el lugar de la Resurreccion la de Júpiter, y encima de la puerta por donde se iba á Belen, un puerco de mármol, prohibiendo bajo pena de muerte á todos los judíos, no solamente entrar y aproximarse á la ciudad, sino aun mirarla aunque fuese de lejos (4). El primitivo nombre de la ciudad cae en olvido, de modo que preguntando un mártir por el lugar de su naturaleza ante el tribunal romano, bajo el imperio de Diocleciano, y respondiendo que habia nacido en Jerusalen, creyó el magistrado que era una ciudad recientemente edificada por los cristianos.

La Palestina experimentó un feliz cambio cuando acaeció la conversion del grande Constantino. La capital, que era toda pagana, volvió á tomar su nombre primitivo. El de Elia, conservado algun tiempo entre los gentiles, se olvidó por fin. Bajo la proteccion del príncipe, y á las órdenes de su ilustre madre, caen los ídolos, se levantan magnificas iglesias cristianas. Y los fieles adquieren pú-

blica libertad de adorar al Señor y Salvador del universo.

Abatidos los judíos con las pérdidas y desastres que Adriano les hizo sentir, no se atreven á emprender cosa alguna, hasta que en 363 Juliano (5) concibió el proyecto de reedificar el templo para desmentir solemnemente las profecías de

Jesucristo. Entonces se reanimaron todas sus esperanzas. A invitacion formal de aquel príncipe en una carta que escribió al cuerpo de la nacion judía, acuden de todas partes, y sin diferencia de sexo ni condicion, empiezan la obra dirigidos por el superintendente Alypio.... Hombres, mugeres, niños ricamente vestidos eran los que trabajaban, trayendo materiales y herramientas; muchos cavaban la tierra con picos de plata, otros la trasportaban de una parte á otra con cestones, ó en las faldas de sus vestidos, y todos desplegando mayor actividad que los paganos mas encarnizados, por su rabia contra los cristianos, y por los estímulos del emperador apóstata. Mas Aquel cuyos oráculos insultaba Juliano y desafiaba su poder, no solamente hace ilusorios tantos esfuerzos, sino que les hace servir al puntual cumplimiento de la profecía; de suerte que por un efecto de este mismo trabajo, no quedó piedra sobre piedra. "Los fundamentos arrojan horrendos "globos de fuego por medio de erupciones frecuentes, dice entre otros un histo-"riador pagano: queman á los operarios, haciéndoles inaccesible aquel sitio, de "suerte que obstinándose este elemento en rechazarles mas y mas, se tiene que "abandonar la empresa 1 (6)."

En el año de 613, Cosroes II, rey de Persia, para vengar la muerte del emperador Mauricio, su bienhechor, asesinado por el usurpador Phocas, penetra en el imperio, y marcha sobre la Palestina. En este intervalo Heraclio, destrona á Phocas, le hace matar, y pide la paz al rey persa. La respuesta es apoderarse de Jerusalen, saquear é incendiar las iglesias, hacer pedazos los sacerdotes, vender por el oro á los judíos ochenta mil cristianos, los cuales fueron degollados, llevarse consigo los tesoros, vasos sagrados, y el sacrosanto leño de la Cruz.

En 627, despues de largos combates y de frecuentes victorias Heraclio, obliga á Cosroes á escaparse y buscar asilo en sus Estados, donde le destrona Siroes, su hijo mayor, el cual firma inmediatamente la paz, y restituye la santa Cruz, cuyo reintegro solemne á la Santa Ciudad ha dado ocasion á los latinos y griegos

de celebrar una fiesta anual el dia 14 de Setiembre, bajo el nombre de la Exaltacion de la Santa Cruz.

Nueve años despues, el califa Omar I, segundo sucesor de Mahoma, y uno de los mas formidables conquistadores que han asolado al mundo, se apodera sucesivamente de la Armenia, Mesopotamia, Egipto, Fenicia, Siria y Palestina. Entra en Jerusalen despues de cuatro meses de sitio, y sujeta todo el pais al poder musulman. En 643 es asesinado por un esclavo persa, de un navajazo, de cuyas resultas murió á los tres dias.

6. V.

Los cruzados se apoderan de Jerusalen.—Carnicería de los sarracenos.—Piedad de los cruzados á la vista de la verdadera Cruz.

Desde esta época hasta el fin del siglo XI, la Palestina gemia oprimida bajo la dominacion mahometana, siendo víctimas sus habitantes de la miseria, de la anarquía y de toda especie de vejaciones. La ereccion de muchos califatos en la Siria y Arabia; las frecuentes guerras entre las diferentes dinastías; las alternativas de derrotas y triunfos, perpetuaban las turbaciones y desórden. Jerusalen cambiaba de dueño, sin mejorar de suerte: se multiplicaban las persecuciones contra los cristianos que la habitaban, y contra los que de todas partes acudian en peregrinacion, siendo estas mas violentas bajo los califas Fatimidas. El Oriente ya no era bastante para saciar los furores de la media luna. El Occidente se veia amenazado de una inundacion de bárbaros. La Europa se agitó, y á fin de prevenir el castigo, toma la cruz para volar al socorro de sus hijos, y librar el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

Parten los cruzados en los primeros dias de la primavera del año de 1096, capitaneados por Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, á quien siguen sus hermanos Eustaquio y Balduino, y con ellos los caballeros de las familias mas ilustres. Un hombre de corta talla, de tisonomía comun y hasta plebeya, vestido con una túnica de lana, que cubre en su mitad con una corta capa, ocultando con este exterior grosero pensamientos elevados y un corazon grande, marcha á la cabeza á pié descalzo, y con el bordon en la mano: este es Pedro el Ermitaño: en vaño los griegos pretenden detenerles; á su pesar penetran en

Despues de las ventajas mezcladas con numerosos y crueles reveses, Nicea, con varias plazas de la Natolia ó Asia menor, Antioquía &c., caen en su poder. En el año de 1099, se encuentran debajo las murallas de la capital de la Judea Rama, Emaús se rinden á Godofredo, mientras que por otro lado Balduino, de Bourg, su sobrino, ayudado por Tancredo, se apodera de Belen. La vista de la Ciudad Santa, las relaciones y súplicas de los cristianos, que echados por los musulmanes, acuden á implorar su apoyo: la consoladora reflexion de que algunos esfuerzos mas van á libertar la herencia de Jesucristo, y á coronar gloriosamente tantos trabajos, todo contribuye á inflamar el entusiasmo y enardecer el celo. Nuevamente esperan librar á Jerusalen del yugo infiel, ó de morirr mártires. La actividad preside en los preparativos para el sitio; se arrostran los peligros, las privaciones, el insoportable calor de la estacion, el hambre y la sed devoradora. Pron-

⁽¹⁾ Ammian. Marcell., lib. XXIII, c. 1. Metuendi globi flammarum; prope fundamenta crebris assultibus erumpentes, fecere locum exutis aliquoties operantibus inaccessum, hocque modo elemento obstinatius repellente, cessavit inceptum.